

**las
calles
de
arena**

Paco Roca

ASTIBERRI

prólogo

Leyendo y releendo a Paco Roca, doy en pensar que el sinfín de motivaciones particulares que sin duda existen para escribir y dibujar un cómic se reducen en última instancia a dos. Hay quien crea un cómic porque sabe cómo hacerlo; y hay, en cambio, quien lo crea porque no sabe cómo, pero está decidido a averiguarlo. Paco Roca está entre estos últimos. No lo digo yo, sino él mismo, que ha confesado por ahí que le cuesta “encontrar soluciones diferentes” a los problemas narrativos con que se va topando. Es decir, que las busca porque no las tiene aún.

Los autores que, como Paco Roca, se proponen averiguar cómo podrán contar lo que se ven impelidos a contar, se lo ponen difícil a sí mismos y quizá hasta a sus lectores, pero éstos son sólo los benditos contratiempos que preceden a todo descubrimiento feliz y los suele provocar una obra lo bastante atrevida, lo bastante original e imperfecta como para resultar apasionante.

Tampoco esta reflexión sirve para dárme las de ingenioso, pues algo por el estilo dice Faulkner cuando los estudiantes lo interrogan acerca de sus libros preferidos y antepone *Moby Dick* a otras novelas más logradas en razón de su fracaso mismo: era, explica, un proyecto demasiado ambicioso para las fuerzas humanas. A su ilustre juicio, el valor de una obra literaria se mide por la osadía del proyecto que la originó, no por lo perfecto de su acabado. Más modestamente —sin premio Nobel de por medio—, Baroja sostiene una opinión similar. El viejo huraño veía “como dos métodos principales” para hacer literatura: el que consiste en leer a los clásicos e imitar y el de fijarse en la realidad en torno e intentar escribir lo que uno intuye en ella. El primer método permite componer bien la obra, dice, pero sólo con el segundo alcanza uno a ser original.

Si este preámbulo me está saliendo muy literario, la culpa es de Paco Roca, que nos propone otra vez una obra trufada de citas y alusiones. El título evoca el del cuento de Borges, y a éste se añaden otros muchos ecos: la irrupción de lo fantástico en lo cotidiano, hasta anegarlo, los trae de Cortázar; la pelea con el doble, del William Wilson de Poe; las prolongaciones ilimitadas de las trastiendas de lo ordinario, que dan lugar a tareas tan inabarcables como desprovistas de sentido, de Kafka; el mapa imposible y por completo inútil a escala 1 : 1, de Borges también; las magníficas instalaciones a las que nadie acudió nunca, de García Márquez; el ataúd salvavidas, de Melville otra vez. Esas y otras alusiones de las que cada lector trazará su mapa no convierten, sin embargo, esta historieta en una obra libresca. No más que el hecho de que le antepongan un prólogo que maldita la falta que le hace. Tampoco fueron librescos sus títulos precedentes, por mucho que tuvieran por protagonista a Dalí o recordaran a Long John Silver, Gulliver o Ismael.

Lo que sucede es que Paco Roca, que no se conforma con hacer en sus cómics lo que otros muchos cómics antes de él, acude a lo que vive o lee para dar forma a sus historias, para encontrar soluciones y para buscarse problemas, es decir, para evitar las sendas trilladas y las salidas convencionales que, por mucho que las adornen, dan al aburrimiento y lo inane. Y lo hace con la naturalidad de quien recurre a lo que tiene a mano para sacar adelante la labor narrativa que se ha propuesto y también con una pizca de picardía, porque sabe que cada guiño descubierto puede abrirle al lector una ventana a lecturas rememoradas, a condición, claro está, de que no lastre la historia con el peso muerto de menciones de erudito.

Paco Roca integra préstamos, alusiones, calcos y guiños en una historia que sigue su propia lógica, férrea y sutil como la de toda buena historia. Que un despistado impenitente como el protagonista, siempre en la luna, se pierda en calles que no conoce es casi inevitable. De ahí a verse atrapado en un laberinto no hay más que un paso, o un traspíe, que lo hace caer en un universo apenas más absurdo que el que habitamos.

Pues lo fantástico de Paco Roca, como toda su ficción, está hecho de vida corriente. El personaje de Borges describe el "monstruoso" Libro de Arena como "un objeto de pesadilla, una cosa obscena que infamaba y corrompía la realidad". El de Paco Roca recorre calles menos siniestras, aunque igualmente paradójicas e imposibles. Su fantástico no provoca miedo, sino perplejidad, incomodidades, fastidios, cansancio tras la tarea, malentendidos; es decir, lo que provoca día tras día la vida cotidiana que conocemos. No equivale, pues, a un alejamiento de lo real, sino a un extrañamiento del que deriva una intensificación.

El humor atenúa además lo que pueda tener de inquietante. Los frecuentes toques cómicos, que no incitan a la carcajada, pero sí a la sonrisa, subrayan el absurdo, desde luego, pero también lo humanizan. Ahí están, pongamos, ese explorador y cartógrafo agorafóbico o ese conde paliducho, condenado a cortarse al afeitarse, pues los espejos no reflejan su imagen.

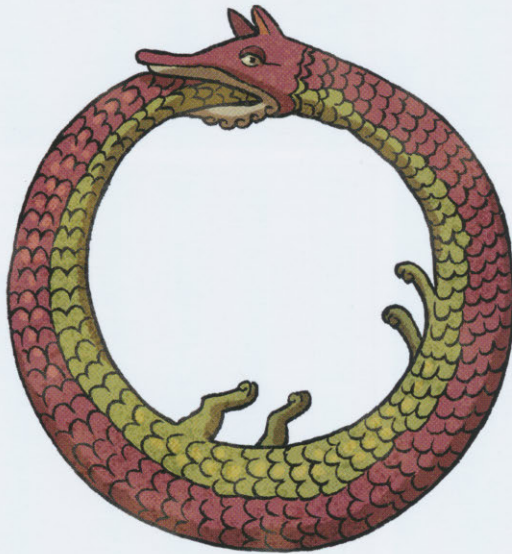
Precisamente el conde Diógenes, que obediente a su nombre ha acumulado cachivaches durante centurias, desvela con su presencia la paradoja en que viven todos enredados en las fantásticas calles de arena de Paco Roca. Mientras los mortales se ajetrean en una actividad tan incesante como absurda, de modo que una de sus cantinelas colectivas es que andan siempre sin tiempo para nada, es decir, para vivir, al inmortal lo aqueja la desidia de quien está sobrado de tiempo y no tiene por tanto urgencia ni ánimo para acometer nada.

En la galería de tipos curiosos que va topándose su protagonista, la norma es el ensimismamiento de cada cual en un empeño sin efecto ni término, en la penosa circularidad de una obsesión con la que se identifica la existencia misma. Ello provoca desencuentros descritos con la concisa precisión de una parábola, como la del joven que visita a la muchacha en el jardín: ella cree que va a verla, pero sólo está interesado en el trozo de tierra sobre la que se sienta, para abrir allá su tumba.

A la postre, que todo ese engranaje de ruedecillas humanas, demasiado humanas, se desbarate a causa de un sueño, en una especie de reacción en cadena que aboca a su completa demolición, resulta congruente con el universo narrativo que Paco Roca va trazando título a título, página a página. En él, una pesadilla no concluye al despertar, sino cuando llega un sueño digno de ser soñado. De esa materia están hechos también sus seres de ficción. Y lo que parece importarle en definitiva, lo que se empeña en contar una y otra vez —y en descubrir el modo de hacerlo— es cómo se las arregla cada cual para vivir con lo que la vida le deja entre las manos, cómo el ser humano es capaz a veces de hacer suyo su destino, asumirlo o darle la espalda con la ingenua resolución de quien tiene cosas más importantes de que ocuparse.

Paco Roca, como narrador de raza que es, ya tendrá entre manos otra historia que todavía no sabe cómo contar. Ojalá le lleve un tiempo descubrirlo, y a nosotros con él.

Juan Manuel Díaz de Guereñu



—¿Quieres decirme, por favor, qué camino debo tomar para salir de aquí?

—Eso depende mucho de adónde quieres ir —respondió el Gato.

—Poco me preocupa dónde ir —respondió Alicia.

—Entonces, poco importa el camino que tomes —replicó el Gato.

Alicia en el País de las Maravillas, de Lewis Carroll

